

la batalla, hubo de ser confortada con una copita que calmase sus nervios y diese ánimo a su corazón. Solamente en aquel momento la vi desfallecer. Pero una obra en la que puso amor, inteligencia y ternura, se iba a enfrentar nada menos que con su fin último y primordial: América. Lo cierto es que aquella tarde la tengo siempre muy presente, y conforme pasa el tiempo recuerdo con más claridad algunos pequeños detalles, si se quiere ridículos, y en todos los cuales late el miedo al instante en que el telón habría de borrar las lindes entre el escenario y la sala... El público se dividió en dos bandos. Uno decía: «Presioso, presioso». Y el otro: «Lindo, lindo, lindo.» La tercera posición fué marcada por una argentina, mona ella, que estaba en un palco cercano al que yo frecuenté durante aquellas horas: «Ché, es una verdadera presiosura», decía aquella señora.

Puesto a situar sobre el plano las cotas máximas, o si se quiere, las cotas representativas del éxito de nuestras chicas en la Argentina, yo señalaría la tarde de que vengo hablando el debut en el Colón, el recital en el Luna Park y los días de Mendoza. Sobre un alto nivel de cordialidad y aplauso, mi particular apreciación, a la que después de todo tengo derecho, me lleva a colocar banderitas justamente en el cogote de estos lugares. Convenirá, de todos modos, certificar que el miedo no se acabó con el triunfo de La Plata. Cuando comenzaron los ensayos en el vasto escenario del teatro Colón, cuando Maruja, Lali, Vicky y Lula hubieron de afrontar, gentilmente asesoradas por el minuciosísimo estado mayor del gran teatro porteño, la solución de mil pequeñas peguitas de orden técnico, el pavor comenzó a instalarse de nuevo en las acongojadas almas de Adolfo, Silván y el humilde cronista que relata. En las zonas de mando había serenidad; en la tropa, un op-

timismo desenfrenado, y en los sectores de la «chinchada» familiar, una curiosa mezcla de pánico y orgullo.

Anticipándome a cuanto pudiera opinar la crítica, varios comerciantes buscaron el aval de Coros y Danzas, circundados ya de una aureola popular, para sus programas de radio. El «Jabón Federal» se llevó el gato al agua. Y cuando la taquilla del Colón abrió, diez minutos bastaron para liquidar toda la boletería, mientras que la Embajada y los organismos oficiales que la gente suponía más o menos complicados en el asunto, comenzaba a sufrir un constante asalto epistolar y telefónico en demanda de entradas. La palabra imposible tenía para muchos españoles y argentinos el preciso color de los billetes del teatro Colón. Pero de no haber espabilado en los diez minutos justos que se mantuvo abierta la taquilla del hermoso coliseo bonaerense, ni el mismo Juan de Garay hubiese conseguido su boleto, y eso que es el responsable de la función de la ciudad allá en el 1580. Suerte la que tuvo un español que se vino desde Montevideo en una avioneta de alquiler y se le pudo colar, aunque no consiguió entrada; pero salvo este caso de última hora, incluso los lugares propicios al «tifus» estaban ya copados por los influyentes sin tiquet.

La noche anterior al debut se ensayó hasta muy última hora, y además en otro escenario y además sobre otro escenario, porque en el Colón había no sé qué espectáculo. Hacía la una y pico se terminó el ensayo. Todos estábamos hechos polvo, incluso los que trabajábamos de ojo, pero a esa hora pasaban en un cine vecino una película de Sandrini, exclusivamente para los Coros y Danzas. Y allí nos fuimos.

El clásico rebaño de coches imponentes que da tono exterior a un espectáculo no faltó, claro, el día del debut de los Coros y Danzas.